

En 1935, le escribe Freud a Jones: *Ciertamente soy de la opinión de que su Sociedad ha seguido a Frau Klein equivocadamente, pero la esfera de la que ella ha extraído sus observaciones me es enteramente extraña, así que no tengo derecho a mantener una opinión al respecto.* Según esta afirmación no hay debate posible Freud /Klein.

A diferencia de los llamados posfreudianos, como escribe Germán García, “Lejos de afirmar que *todo* está en Freud y cada uno puede tomar su *parte*, Jacques Lacan se preguntó cómo era posible que una disciplina no hubiera dado un paso más allá de lo que podía encontrarse en su creador. Diez años de lectura de Freud, documentados por sus famosos seminarios, lo llevaron a proponer una alternativa clínica por sus consecuencias, institucional por lo que propone para la formación de los analistas y política por sus resonancias sociales”.

Cuando planteamos un debate Freud/Lacan es porque Lacan encuentra en Freud a un precursor en la observación de esa esfera, que es la del fracaso (o de la falla), la del fracaso de la razón ilustrada, la del fracaso de la idea de hombre, la del fracaso del principio del placer. Los sueños, los actos fallidos, los lapsus, el chiste, el síntoma dan cuenta de ese fracaso. ¿Necesario o contingente? En *El malestar en la cultura* S. Freud afirmará que el hombre no busca su bien y lo más humano que reconoce en *Inhibición, síntoma y angustia* es la angustia de castración. ¿Necesaria contingencia?

Respecto de esta esfera puesta al descubierto por Freud, Lacan intentará una respuesta ética. La máxima será “no ceder en cuanto a tu deseo” en contra de toda ética de los bienes. Pero en 1975, se preguntará ¿se va a convertir el psicoanálisis en la religión del deseo?

En septiembre de 1999, Eric Laurent dictó una conferencia en el Centro Descartes en interlocución con “El barroco de las pasiones”, un artículo de Germán García (publicado en *Ornicar? Digital* N° 107, octubre 1999), en el que toma la siguiente cita de Lacan: “Freud se sitúa entonces en el linaje de los moralistas en quienes se encarna una tradición de análisis humanista, vía láctea en el cielo de la cultura europea donde Baltasar Gracián y La Rochefoucault representan estrellas de primera magnitud y Nietzsche, una nova tan fulgurante como nuevamente vuelta a las tinieblas. Último en llegar entre ellos y como ellos estimulado sin duda por una preocupación propiamente cristiana de la autenticidad del movimiento del alma, Freud supo precipitar toda una casuística en una ‘carte du Tendre’, en la que no viene a cuento una orientación para los oficios a que se la destina”. Dirá Laurent, que Lacan ubica a Freud en la serie de los moralistas para subrayar que el deseo en Freud tiene esa función perturbadora, y en tanto perturba el equilibrio de la felicidad, es el eje fundamental de la ética de Lacan. La *Verdrängung*, la represión, es en esta vía un concepto fundamental, tiene en ella su lógica (ver J.-A. Miller *El síntoma charlatán*). “La época neurótica era la época de la justificación social”, así era el estado de la cultura en la época de Freud.

En 1972/73 Lacan mostrará a la mística como el revés del romanticismo, que se lamenta por el objeto perdido. En la mística el cuerpo tiene una resonancia con el otro, que testimonia de una presencia, no de una ausencia, por lo cual no se encuentra del lado del amor. Propondrá el éxtasis de Teresa como la manifestación, primera y fundamental en la historia, de una percepción del goce del Otro que produce una ruptura con las éticas homosexuales de epicúreos y estoicos. Si no hay bien soberano, a *Kant con Sade* opondrá una ética heterosexual que introduce el goce femenino, ¿lo más humano que reconoce Lacan en la época de la democracia generalizada?